

# CONCIENCIA FIN DE SIGLO

I

La situación habíase hecho imposible para la familia. Para dar frente al horroroso conflicto que se venía encima, con su negro cortejo de embargos y actuaciones judiciales, habíase vendido cuanto de valor existía en la casa. Pero su producto era un pobre grano de arena, comparado con una catedral. El descubierto hecho en letras falsas, mal endosadas, ascendía á algunos miles de pesetas, y Ramírez veía con horror llegar el funesto día en que no sólo perdería todos sus bienes, si que también su honra immaculada, y su buen nombre, é iría á la cárcel, á confundirse con criminales de baja estofa, mientras que su pobre esposa é infelices hijos, quizá padecerían hambre, miseria, desnudez. Pidió á los amigos, suplicó, vendió hasta su modesto reloj, el anillo nupcial, todo, y haciendo un recuento de existencias vió que aun le faltaban dos mil pesetas; es decir, ocho mil reales, cantidad insuperable ya, y con la cual únicamente podrían ser felices. No habrá remedio, la cárcel ó el suicidio, la hecatombe, un fin horrible de toda la familia, asomaba su descolorida faz por aquella casa. Y el tiempo mientras tanto corría con rapidez vertiginosa, y el plazo fatal se acercaba, y muy pronto llegaría irremisiblemente. La esposa de Ramírez tuvo una inspiración. Acercóse á su marido y díjole muy quedo: —Escribe á González; él está rico, es amigo tuyo, y tal vez...



COMPOSICION Y DIBUJO DE J. PASSOS.

—Papá ¿devolviste á González sus cuatro mil pesetas? — pregunta curiosamente un día la hija mayor. —Aun no, hija mía, aun no he pagado esa deuda sagrada; por cierto que tal vez le haga falta, pues aseguran que sus negocios no van bien. De un momento á otro me pasaré por su casa, y después de abonarle su dinero, le expresaré nuestro más profundo agradecimiento. ¡Oh, González querido, nuestro protector, nuestro salvador! ¡Llor eterno á González!

III

Celebróse la fiesta onomástica de Ramírez, que coincidía con su elección de diputado á Cortes. La suerte seguía halagándole, y su fortuna crecía, crecía á ojos vistos. Escogida y numerosa concurrencia llenaba los salones del endiosado Ramírez. El severo frac, las brillantes condecoraciones y los encajes iluminados por torrentes de luz, se mezclaban y entremezclaban en armoniosa confusión. Los cortinajes, el dorado de los espejos, y las plantas exóticas ostentábanse por doquiera; la animación, el regocijo y la alegría, se desbordaban en chispeantes conversaciones, en las que se hacía gala del más sutil ingenio y de la más exquisita cordialidad. Ramírez recibe, en lujosa bandeja de plata, una sencilla carta de luto; léela, y después de arrugarla despreciativamente; entrega al criado un billete de banco de veinticinco pesetas. —¿Qué te decían en esa carta, amigo mío? — preguntóle al oído su esposa.

Ramírez encogióse de hombros, y como hombre que ya no espera nada de este mundo, escribió nerviosamente la epístola y mandóla á su destino. Toda la familia aguarda ansiosa la contestación, presa de mortal ansiedad. Al fin llega la portadora con un sobre cerrado. —Será una negativa más, indudablemente, dicen todos á coro. Ramírez abre la carta, dentro de ella vense los billetes del banco, son cuatro... cuatro de mil pesetas, es decir, doble de lo que nesositaba. Aquel papel moneda, representaba la honra ya casi perdida, la vida, el poder otra vez gustar de la felicidad; y, esto lo hacía el generoso González de un modo espontáneo, sin condiciones, sin réditos, sin exigir recibo siquiera. —¡De rodillas, hijos míos, de rodillas, — gritó Ramírez, — jurad todos gratitud eterna á González, el amigo generoso que nos salvó de la ruina, de la desolación y de la miseria! ¡Bendito sea González!

II

Han transcurrido dos años. Ramírez ha prosperado. Gracias al oportuno socorro de González, ha hecho frente á sus compromisos, y la veleidosa fortuna le prodiga ahora sus más delicadas sonrisas y sus preciados favores.

—Nada, casi nada; es de González, ya sabes, nuestro amigo de otro tiempo: me anuncia la muerte de su pobre hijo mayor, y añade que se encuentra en la miseria. Siempre he dicho que González acabaría mal, ha sido muy derrochador, y bastante poco inteligente en los negocios...

IV

Ramírez ha obtenido un título de Castilla, y está muy próximo á ser nombrado Ministro. Ocupase en su despacho de asuntos políticos, y de preparar las elecciones futuras. Varios caciques, sentados en cómodas butacas y fumando riquísimos habanos, combinan con Ramírez los trabajos que habrá necesidad de practicar, para sacar triunfante á los recomendados y adictos á sus ideas. Uno de sus contertulios lee la prensa, y, como caso curioso, lo hace en voz alta de una gacetilla en que se da cuenta de la muerte de González, acaecida en el Hospital, á donde fué conducido, al hallarle exámine en medio del arroyo y desfallecido por falta de alimentos. —¿No conocisteis en otro tiempo á este González, querido conde? — preguntale unos de sus flamantes amigos. —Sí, creo que sí... — contestó distraídamente Ramírez, — ese pobre González... tengo idea de haber tratado hace años á un González, á quien hice inmensos favores, y al que protegí abiertamente... por cierto que ni siquiera me dió las gracias...

¡Oh!... ¡el hombre!...

MIGUEL ALDERETE GONZALEZ

# ALEJANDRO RIBÓ

DISTINGUIDO CONCERTISTA DE PIANO



Fot. Esplugas.

Ha llegado á ser un instrumento tan vulgar el piano, es tan crecido el número de los que con más ó menos maestría lo tocan, que, para alcanzar en él la reputación de eminente, se necesita un talento muy superior y una ejecución privilegiada: cualidades que en grado sumo po-

see el joven concertista cuyo nombre encabeza estas líneas y cuyo retrato acompañamos.

Hace dos años que, en la «Sala Estela», recibió el bautismo artístico del inteligente público barcelonés, quien aplaudióle con entusiasmo, asegurándole un brillante porvenir; y muy recientemente, el no menos autorizado público madrileño, acaba de confirmar su valía en una audición particular, íntima, verificada en el «Salón Zozaya» y otra, solemne, pública, en el «Teatro de la Comedia». De ambos conciertos habló con justo encomio la prensa; estando toda ella conforme en que Ribó es uno de los pianistas más eminentes que se ha oído en Madrid. Destácase en él, como nota característica de su primorosa labor, la brillantez, el vigor, la valentía conque acomete y ejecuta los pasajes más difíciles de las obras que interpreta. Al lado de esta cualidad, que delata al artista meridional apasionado y de grandes alientos, adviértese lo exquisito y delicado de su organización artística, á la par que el influjo de una excelente educación musical y de un estudio constante.

Aunque el arte no tiene patria, y gustosos le prodigamos nuestros aplausos, doquiera que se manifieste, se comprende que los elogios han de sernos doblemente satisfactorios cuando recaen en un paisano, ya que entonces participamos de su gloria. Por supuesto que, en semejante caso, prescindimos de nuestra opinión, limitándonos, como en el presente, á propagar la que formulan nuestros compañeros en los periódicos donde el artista se ha exhibido: merced á lo cual, los juicios del ALBUM SALÓN ostentan siempre el sello de la imparcialidad. Alejandro Ribó es catalán, hijo de Tarragona: allí nació, en Octubre de 1878; habiendo demostrado desde niño felices disposiciones para el cultivo de la música. A ellas, lo propio que á su vocación decidida y á su constancia, se deben los progresos que ha realizado en su espinosa carrera, y de que pocos pueden vanagloriarse; pues muy contados son los que á los veinte años de edad figuran, como él, entre las eminencias del mundo artístico.

Abriga, según noticias fidedignas, el propósito de partir en breve para el extranjero, donde le esperan seguramente triunfos análogos á los que ha conquistado en España. Le aconsejamos que no lo demore: quien vale lo que él, no debe encerrarse en los estrechos límites de una nación, sino tender el vuelo en busca del renombre universal á que le hace acreedor su indiscutible y privilegiado talento.

\*\*\*

# FACETAS

VIDA BREVE

Se pone el sol. La corriente del río atraviesa el valle. En un cristal se refleja el resplandor de las incendiadas nubes. Diríase que las aguas son sangre. De la tierra, húmeda aun por el chubasco que ha caído, sube un olor acre. De las hojas de los árboles y de los matorrales, de las flores y de las plantas se desprenden vigorosos perfumes. Ocúltanse lagartos y salamandras, revolotean aun por el aire las mariposas. Píjan ó gorjean los pájaros. El viento ha plegado las alas, y un silencio augusto reina sobre aquel rincón de la tierra. Cerca de la gran corriente, á unos dos metros del suelo, se cierne un enjambre enorme de mosquitos. Tan densa es su masa, que llega á formar una mancha oscura. Vista de lejos, parece inmóvil. Y, sin embargo, cada uno de los mosquitos mueve sus alas con velocidad vertiginosa, va de los bordes del círculo al centro, sube ó baja unos milímetros, aletea durante una centésima de segundo sobre un mismo sitio, y luego, rayo con voluntad, cohete consciente, se dispara á través de la bulliciosa muchedumbre, evita choques, esquiva contactos, se desliza, resbala, pasa como una saeta y vuelve al borde de aquel círculo, para tornar luego al centro. Más altas que los árboles, más rápidas é inciertas en su vuelo que el incierto viento, describen curvas, fingen caídas, se remontan, se precipitan, rasan el suelo ó se elevan describiendo espirales las pardas golondrinas. Son las señoras del valle que dominan por el poder de sus alas.

El vuelo de mosquitos persiste inmóvil. Diríase que cada uno de los animalejos ha llegado al límite de su fuerza ascensional y que le duele, por otra parte, bajar de nuevo al suelo antes que el sol haya desaparecido por completo. ¡Cuán glorioso debe parecer el astro-rev á los mosquitos! Una golondrina, veloz como la flecha despedida del arco, abate el vuelo. Atraviesa como un rayo el enjambre de los mosquitos y se remonta otra vez. Por muy rápidas que sean sus alas, su pico lo ha sido más aun. Y al pasar entre los cinifes, abiéndolo y cerrándolo, ha atrapado uno. El enjambre cierra la brecha abierta por la golondrina y continúa su ronda. El pájaro pasa de nuevo. También ha hecho presa. La maniobra se repite tres, cuatro, cien veces, y cien mosquitos pasan al estómago del ave. ¿Qué importa? Los que sobreviven no se acuerdan de los que han muerto, continúan aleteando, y bulliciosos, incansables, inmóviles en apariencia, vibrantes en realidad, forman sobre el suelo una mancha oscura. Mancha de vida que, de cuando en cuando, atraviesa la muerte.

Admiro yo la belleza del callado valle, sigo el vuelo de las golondrinas, me fijo en el enjambre de mosquitos, y, sin querer, me acuerdo de los hombres, de sus agitaciones y luchas, de sus ascensiones y caídas, de un bullir continuo y sin objeto. Y en el espacio infinito de la gran bóveda, amplio como el arco iris, creo advertir un vuelo que abre brecha en el enjambre humano. La brecha se cierra. Es que la Muerte ha pasado. A. RIERA



Mtro. JULIO PÉREZ AGUIRRE. Distinguido concertista de violín, y autor de la pieza de música que acompaña á este número. Fot. Napoléon.



### LA PATRIA DEL AMOR

No llores más, mi bien, seca esos ojos  
que marchitó tu llanto;  
luzcan frescos de hoy más tus labios rojos  
que yo he besado tanto.  
¿Por qué llorar? ¿Qué importa que la suerte  
nos combata enemiga?  
¿Sucumbirás como ante el soplo fuerte  
del viento cae la espiga?  
No pienses más que en mí. Los ojos cierra  
al exterior aliño,  
y verás que al hallarte en nueva tierra,  
igual es mi cariño...  
Contempla el cielo, el campo, la montaña,  
el ave que retoza  
en el árbol, el mar que humilde baña  
nuestra misera choza.  
Mira, todo es igual; naturaleza  
viste iguales colores  
en una y otra tierra; igual belleza  
lucen aves y flores.  
Todo es igual; el bosque, el mar profundo;  
¿ves? la materia es una.  
De igual materia está formado el Mundo  
que el Sol y que la Luna.  
Son hermanos los hombres; las naciones  
tan sólo nombres vanos.  
Es nuestra Patria el Mundo. No hay regiones  
entre buenos hermanos.  
¿Qué más te da una tierra que otra tierra?  
El mismo mar te baña,  
el mismo Sol te alumbraba, igual encierra  
amor la tierra extraña.  
Todo es igual, mi bien. Ese quebranto  
cese, cese tu lloro.  
¿Por qué te aflige tu destierro tanto,  
si estoy yo aquí... y te adoro?

MANUEL DEL ALISAL

F. Xumelja

## LA RENDICIÓN DE BAILÉN

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

El orgullo era la cualidad distintiva de los generales de Napoleón, pero muy especialmente de Dupont, que al venir á España, creyó conquistar en nuestra patria el bastón de mariscal.

Siguiendo las órdenes recibidas del generalísimo Murat, partió Dupont el 24 de Mayo de 1808, de Toledo para Andalucía, con 6.500 infantes, 3.000 caballos, 2 regimientos de suizos y 24 piezas de artillería, ofreciendo al gran duque de Berg, que entraría en Cádiz el día 21 de Junio.

Atravesó la Mancha, que halló tranquila, al parecer, sin comprender la gravedad de aquella aparente calma; y el 2 de Junio penetró por las estrechuras de Sierra Morena, llegando sin tropiezo hasta la Carolina, población que encontró desierta.

Algo logró inquietar á Dupont la soledad de los caminos y de los pueblos. Prosiguió su marcha, y la columna comenzó á recibir ciertos tiros que salían de entre los árboles, de los picos de las rocas y de los espesos bosques, disparados por seres invisibles.

Eran los guerrilleros del valeroso cura don Ramón de Argote, que habían salido al campo, resueltos á diezmar á los imperiales, y que cumplían á maravilla su patriótico ofrecimiento.

La entrada de Dupont en Córdoba, es una de las páginas más vergonzosas del ejército bonapartista. Mr. Baste, testigo presencial de los sucesos, dice en sus *Memorias*:

«Al asesinato y al pillaje, se unieron bien pronto la violación de las mujeres, incluso las monjas, y el robo de los vasos sagrados en las iglesias; sacrilegio acompañado de las circunstancias más atroces...»

Dupont, á quien el cielo parecía cegar para mejor perderlo, agregó á la espantosa jornada de Córdoba, la toma de Jaen, que entró á saco el día 20.

Andalucía entera se puso en armas, resuelta á vengar á sus hermanos. Apenas supo la rendición de la escuadra francesa en Cádiz, los grandes armamentos decretados por la Junta de Sevilla, la actitud resuelta del país, y el retardo de los refuerzos que con tanta insistencia había pedido á Murat retrocedió Dupont, encerrándose en Andújar, convencido, sin duda, que ni el 21 de Junio de aquel año, ni de otro alguno, pisaría él las calles de la invicta Cádiz.

Encargado el general Castaños del ejército de Andalucía, en muy pocos días le organizó y disciplinó. Componiase de tres divisiones; mandaba la primera, don Teodoro Reding, suizo al servicio de España, sereno, valiente, organizador; la segunda, el antiguo oficial de walonas, marqués de Compigni; la tercera, el anciano brigadier don Felix Torres; y la reserva, el teniente general don Manuel de la Peña.

Acompañaban al ejército las guerrillas del cura don Ramón de Argote, de don Pedro Valdecañas, y de don José Cruz; los *Lanceros Jerezanos*, de don Nicolás Chirif; y los *Voluntarios de caballería de Utrera*, de don José Sanabria.

El 26 de Junio, pasó revista don Francisco Castaños á su ejército en los campos de Utrera, y habiéndose acordado tomar la ofensiva, salió el 1.º de Julio para Porcuna, á fin de organizar el plan de ataque contra los imperiales.

Dupont ocupaba Andújar con 10.000 hombres; Vedel, con 9.000, á Bailén y Puerto del Rey; y Liger-Belair, con 1.500 á Mengibar.

Justo es consignar que los generales franceses mostrábase abatidos, y los soldados temerosos, al contemplar los pueblos abandonados, y los caminos llenos de cadáveres de jefes y soldados imperiales.

Resolvióse en Porcuna, que Castaños con la tercera división y la reserva, atacase á Dupont en Andújar, y que Reding y Compigni, forzasen el paso de Mengibar y Villanueva, marchando sobre Bailén.

El 15, comenzó el general Castaños á cañonear el puente de Marmolejo; y Reding se presentó ante Liger-Belair, batiéndole y obligándole á retirarse hacia Bailén, que al fin abandonaron los franceses, retirándose á Carolina.

Dupont ordenó á Vedel recuperar Bailén y reunirse en Andújar, pero este general, no hallando en Bailén ni españoles ni franceses, y temeroso de que los nuestros hubiesen obligado á Liger-Belair y Dupont á correrse á la derecha, se dirigió en su socorro.

Dupont, empeñado en sostener la posición de Andújar, encontróse con que Vedel se alejaba de él y los españoles se le acercaban, y decidió salir el 18 por la noche, destruyendo el puente, para retardar la marcha de Castaños, ordenando á Vedel que atacase á Reding por la espalda, mientras él lo hacía de frente.

Reding, disponiase á caer sobre Andújar, ansioso de coger á Dupont, entre sus divisiones y las que habían quedado en los Visos, cuando, impensadamente, le vio avanzar con tanta prisa como silencio.

Ni españoles ni franceses pensaban hallarse tan próximos. Nuestros generales, que estaban reunidos en una almazara ó molino de aceite, á la izquierda del camino de Andújar, cerca de Bailén, se vieron sorprendidos por disparos de fusil primero, y luego, por una granada que casi cayó á sus pies.

El general Venegas que capitaneaba nuestra vanguardia, entretuvo al enemigo, mientras las tropas españolas ocupaban su puesto.

Avanzaron los franceses, más allá del puente que hay á media legua de Bailén.



LA RENDICIÓN DE BAILÉN. — Cuadro de J. CASADO DEL ALISAL. Existente en el Museo Nacional de Pintura.

Fot. Laurent y C.ª, Madrid.



LA TUMBA DE LOS MONCADAS, EN EL MONASTERIO DE POBLET (CATALUÑA).

Y empezó la batalla, á las cuatro de la mañana del 19 de Julio. Atacaron los franceses á la división Compigni, y sus soldados, — guardias wálones, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, zapadores y el de caballería de España,—los desalojaron de las alturas que ocupaban. Reconcentró Dupont sus fuerzas volviendo á apoderarse del terreno perdido, pero otra vez el general Venegas le arrojó y le puso en retirada. Nuevamente repitieron los imperiales su ataque en toda la línea, que fué bravamente repelido. Nuestra artillería, mandada por los coroneles Júcar y Cruz, logró desmontar la mayoría de las piezas enemigas. El calor era asfixiante; los rayos del sol parecían plomo derretido, y la sed llegó á ser tanta, que españoles y franceses se disputaron con encarnizamiento al agua de una pequeña noria. A las doce y media de la mañana Dupont, lleno de rabia, se puso con todos sus generales al frente de las columnas, intentando romper el centro del ejército español, donde se hallaban los generales Reding y Abadía, y llegando casi á tocar nuestros cañones los marinos de la guardia imperial. ¡Vano empeño! Los soldados españoles, tan bravos como serenos, rechazaron aquel rudo ataque.

Los imperiales ejecutaron una terrible carga á la bayoneta; pero su esfuerzo de nada les sirvió. Los *Lanceros de Jerez* y los *Voluntarios de Utrera*, deshicieron el ala izquierda francesa; el centro vaciló, y la derecha empezó á desbandarse.

Después de ocho horas de combate, Dupont, que había perdido más de 2.000 hombres, pidió una tregua que aceptaron Reding y Compigni, sin perjuicio de lo que resolviera el general Castaños, á quien enviaron aviso de cuanto ocurría.

Al ver que muchos soldados bonapartistas se ahogaban de calor, los nuestros, tan bravos como generosos, les dieron algunos cántaros de agua para mitigar la sed que los abrasaba.

Al aparecer Vedel con sus tropas en el campo de batalla, Reding le envió un parlamentario noticiándole la suspensión de hostilidades.

Vedel, quizá para sincerarse con Dupont de sus torpezas, atacó de improviso nuestro batallón de Irlanda, que se hallaba descuidado, tomó dos cañones y quiso apoderarse de la ermita de San Cristóbal; pero Dupont, comprendiendo lo peligroso de su situación, le ordenó cesar en un combate tan injustificado como traidor. Entabláronse las negociaciones sobre el armisticio. Pedía Dupont la suspensión de hostilidades, y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Dudaba Castaños; pero el conde de Tilly que acompañaba al ejército en representación de la Junta de Sevilla, se opuso á tales pretensiones.

Aunque al principio mostráronse los franceses dispuestos á romper las negociaciones, se apresuraron á renovarlas al observar su crítica situación,

cercados por un ejército de soldados y por otro de paisanos, que afluían de todos los pueblos.

Aunque Vedel trató de retirarse con sus tropas, por suponerse fuera de la capitulación, tuvo que detenerse ante la amenaza de que serían pasados á cuchillo Dupont y los suyos, si persistía en su deslealtad.

Cuéntase que al reunirse el caudillo vencido y el vencedor, cambiaron estas frases: —Os entrego,—dijo Dupont,—una espada vencedora en cien batallas. —Por mi parte,—respondió Castaños con maliciosa modestia,— puedo asegurar que esta es la primera batalla que gano.

Este es el momento que representa el famoso cuadro de don José Casado, que hoy figura en el Museo Nacional, y que en este número ofrecemos á los ilustrados lectores del ALBUM SALÓN.

La batalla de Bailén produjo la rendición de 21.000 hombres. En memoria de esta gloriosa victoria, dos regimientos del ejército español, uno de infantería y otro de caballería, llevan el nombre de Bailén.

Según el historiador francés general Foy, *Napoleón, cuando supo el desastre de Bailén, lloró lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas...*

¡Qué más podríamos decir nosotros?

E. RODRIGUEZ SOLIS



CUADRO DE M. DE LA VISITACIÓN UBACH.